

PARTE CUARTA

I

En la calle del Ave María.

I

Segismundo Ballester (el licenciado en Farmacia que estaba al frente de la botica de Samaniego) tenía frecuentes altercados con Maxi por los garrafales errores en que éste incurría. Llegó el caso de prohibirle que hiciese por sí solo ningún medicamento de cuidado. «¡Carambita, hijo, si da usted en confundirme los *alcoholatos* con las *tinturas alcohólicas*, apaga y vámonos! Este frasco es el *alcohol de coclearia*, y este otro la *tintura de acónito*... Vea usted la receta, y fijese bien... Si seguimos así, lo mejor sería que doña Casta cerrase el establecimiento.»

Y expresándose así, con ínfulas y asperezas de dómine, Ballester le quitó de las manos á su subalterno lo que entre ellas tenía. «Pero ¿qué demonios ha echado usted aquí?—dijo luego con enojo, llevándose el potingue á la nariz.—

EST. TIP. DE LOS HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ALFONSO REYES

FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Ó esto es *valeriana*, ó no sé lo que me pesco. ¡Cuando digo...! Hoy está usted muy malo. Más vale que se retire á su casa. Yo me las arreglo mejor solo. Cuidarse; llévese usted un derivativo... Mire, mire: llévese también un preparado de hierro. El derivativo se lo zampa en ayunas... Luego en cada comida se atiza una píldora de *hierro reducido por el hidrógeno*, con *extracto de ajénjos*... Por la noche al acostarse se atiza usted otra... Con estos calores, conviene no abusar mucho del hierro, ¿sabe? y sobre todo, pásese usted y no lea tanto.»

Relevado por su regente de la obligación de trabajar, Rubín se fué al laboratorio, y tomando de debajo de la silla un librote, se puso á leer. Profundísima tristeza se revelaba en su rostro enjuto y granuloso. Caía en la lectura como en una cisterna; tan abstraído estaba y tan apartado de todo lo que no fuera el torbellino de letras en que nadaban sus ojos, y con sus ojos su espíritu. Tomaba extrañas é increíbles posturas. A veces las piernas en cruz subían por un tablero próximo hasta mucho más arriba de donde estaba la cabeza; á veces una de ellas se metía dentro de la estantería baja por entre dos garrafas de drogas. En los dobleces del cuerpo las rodillas juntábanse á ratos con el pecho, y una de las manos servía de almohada á la nuca. Ya se apoyaba en la mesa sobre el codo izquierdo, ya el sobaco derecho montaba sobre el res-

paldo de la silla, como si ésta fuera una muleta, ya, en fin, las piernas se extendían sobre la mesa cual si fueran brazos. La silla, sustentada en las patas de atrás, anunciaba con lastimeros crujidos sus intenciones de deshacerse; y en tanto el libro cambiaba de disposición con aquellos extravagantes escorzos del cuerpo del lector. Tan pronto aparecía por arriba, sostenido en una sola mano, como agarrado con las dos, más abajo de donde estaban las rodillas; ya se le veía abierto con las hojas al viento como si quisiera volar, ya doblado violentamente á riesgo de desencuadernarse. Lo que nunca variaba ni disminuía era la atención del lector, siempre intensa y fija al través de todos los sacudimientos de la materia muscular, como el principio que sobrevive á las revoluciones.

Ballester iba y venía, trabajando sin cesar, y cantaba entre dientes estribillos de zarzuelas populares. Era un hombre simpático, no muy limpio, de barba inculta, la nariz muy gruesa, personalidad negligente, terminada por arriba en una cabellera de matorral, que debía de tener muy poco trato con los peines, y por abajo en anchas y muy usadas pantuflas de pana, que iba arrastrando por los ladrillos de la rebotica y laboratorio.

—Pero, alma de Dios, ya que no trabaja usted... al menos despache menudencias—dijo, parándose ante Rubín.—Mire, allí está esa mu-

jer esperando hace un cuarto de hora... Diez céntimos de diaquilón. En aquella gaveta está. Vamos, menéese.

Rubín salía á la tienda y despachaba.

—¿En dónde están los frascos de *Emulsión Scott*?

—Mírelos, mírelos; si los tiene casi en la mano. Dígole que es preciso cuidar esa cabeza... ¡Otra vez á leer! Bueno; usted se acordará de mí... Leer, leer, y el aparato cerebro-espinal que lo parta un rayo... Tararí, tararí...

Seguía cantando, y el otro ¡plum! se chapuzaba otra vez en su lectura.

—¿Y qué lee?... vamos á ver—dijo Ballester mirando el libro.—*La pluralidad de mundos habitados*... Bueno va... ¡Cualquier día me iba yo á ocupar de si había personas en Júpiter! Cuando digo que usted, amigo Rubín, va á acabar mal. Aquí para entre los dos: ¿á usted qué le va ni qué le viene con que haya gente en Marte ó deje de haberla? ¿Le van á dar á usted algo por el descubrimiento? Tararí... tararí. Yo doy de barato—añadió luego, poniéndose á machacar en el mortero,—yo doy de barato que haya familia en las estrellas; es más, declaro que la hay. Bueno, ¿y qué? La consecuencia es que estarán tan jorobados como nosotros.

Rubín no contestaba. A cierta hora dejó el libro, metiéndolo en un rincón de la anaquelera, que apeataba á fénico, entre dos potes de este

líquido; después se restregaba los ojos y estiraba los brazos y el cuerpo todo, tardando lo menos cinco minutos en aquel desperezo que activaba la circulación de su poca sangre. Cogía el hongo que de una percha colgaba, y á la calle. Poco tenía que andar por ella para ir á su casa. Entró en ésta con la cabeza baja, las cejas fruncidas. Su tía le dijo que Fortunata no había venido aún y que la esperarían para comer. Maxi ocupó su sitio en la mesa; doña Lupe le recogió el sombrero, y volviendo al poco rato, sentóse en el sofá de paja; ambos esperaron un rato en silencio.

—Cuidado que hoy tarda más que nunca—observó doña Lupe; y como notase en el rostro de su sobrino señales de desasosiego, se apresuró á entablar conversación más amena.

—Todo el día me he estado acordando de lo que hablamos anoche. ¡Ah!, si tú fueras otro, si tú tuvieras ambición, pronto seríamos todos ricos. El farmacéutico que no hace dinero en estos tiempos es porque tiene vocación de pobre. Tú sabes bastante, y con un poco de trastienda y otro poco de farsa y mucho anuncio, mucho anuncio, negocio hecho. Créeme, yo te ayudaría.

—No crea usted, tía, yo también he pensado en eso. Ayer se me ocurría una aplicación del *hierro dializado* á sin fin de medicamentos... Creo que encontraría una fórmula nueva.

—Estas cosas, hijo, ó se hacen en gordo ó no

se hacen. Si inventas algo, que sea *panacea*; una cosa que lo cure todo, absolutamente todo, y que se pueda vender en líquido, en pildoras, pastillas, cápsulas, jarabe, emplasto y en cigarrillos aspiradores. Pero hombre, en tantísima droga como tenéis, ¿no hay tres ó cuatro que bien combinadas sirvan para todos los enfermos? Es un dolor que teniendo la fortuna tan á la mano, no se la coja. Mira el doctor Perpiñá, de la calle de Cañizares. Ha hecho un capitalazo con ese jarabe... no recuerdo bien el nombre; es algo así como *latro-faccioso*...

—El *lacto-fosfato de cal perfeccionado*—dijo Maxi.—En cuanto á las *panaceas*, la moral farmacéutica no las admite.

—¡Qué tonto!... ¿Y qué tiene que ver la moral con esto? Lo que digo: no saldrás de pobre en toda tu vida... Lo mismo que el tontaina de Ballester: también me salió el otro día con esa música. ¿Nada os dice la experiencia? Ya veis: el pobre Samaniego no dejó capital á su familia, porque también tocaba la misma tecla. Como que en su tiempo no se vendían en su farmacia sino muy contados específicos. Casta bufaba con esto. También ella desea que entre tú y Ballester le inventéis algo, y deis nombre á la casa, y llenéis bien el cajón del dinero... Pero buen par de sosos tiene en su establecimiento...

Charla que te charla, doña Lupe miraba al reloj del comedor, mas no expresaba su impacien-

cia con palabras. Por fin sonó la campanilla débilmente. Era Fortunata que, cuando iba tarde, llamaba con timidez y cautela, como si quisiera que hasta la campanilla comentase lo menos posible su tardío regreso al hogar doméstico. Papitos corrió á abrir, y doña Lupe fué á la cocina. Maxi habló con su mujer en un tono que indicaba la complacencia de verla, y se quejó suavemente de que no hubiese entrado antes. Tenía ella los ojos encendidos como de haber llorado, y no era difícil conocer que disimulaba una gran pena. Pero Rubín no reparaba en lo cabizbaja y suspirona que estaba su mujer aquella noche. Hacía algún tiempo que la facultad de observación se eclipsaba en él; vivía de sí mismo, y todas sus ideas y sentimientos procedían de la elaboración interior. La impulsión objetiva era casi nula, resultando de esto una existencia enteramente soñadora.

A doña Lupe sí que no se le escapaba nada, y de todo iba tomando notas. Hablóse en la mesa del tiempo, del gran calor que se había metido, *impropio de la estación*, porque todavía no había entrado Julio, aunque faltaban pocos días; de los trenes de ida y vuelta, y de la mucha gente que salía para las provincias del Norte. Con cierta timidez, se aventuró Fortunata á decir que su marido debía dejarse de pildoras, y decirse á ir á San Sebastián á tomar baños de mar. Mostrándose muy apático, dijo el pobre chico

que lo mismo era tomarlos en Madrid con las *algas marinas del Cantábrico*; á lo que respondió su mujer con energía: «Eso de las algas es conversación, y aunque no lo fuera, lo que más importa es tomar las *brisas*.»

Picando con el tenedor en el plato para coger los garbanzos uno á uno, la señora de Jáuregui se decía lo siguiente: «Te veo venir... buena pieza. Ya sé yo las *brisas* que tú quieres. Después de zarandarte aquí, quieres zarandarte allá, porque se te va el amigo... Sí, lo sé por Casta. Los señores de la Plazuela de Pontejos se marchan mañana. Pero yo te respondo, picarona, de que con esa no te sales... ¡A San Sebastián nada menos! Estás fresca... Ya te daré yo *brisas*...»

Vino luego doña Casta con Olimpia á proponerles dar un paseo al Prado. Rubin vacilaba; pero su mujer se negó resueltamente á salir. Fué doña Lupe con sus amigas, y Fortunata y Maxi estuvieron solos hasta media noche en la sala, á obscuras, con los balcones abiertos, á causa del calor que reinaba, hablando de cosas enteramente apartadas de la realidad. Él proponía los temas más extravagantes, por ejemplo: «¿Cuál de nosotros dos se morirá primero? Porque yo estoy muy delicado; pero con estos achaques, quizás tenga tela para muchos años. Los temperamentos delicados son los que más viven, y los robustos están más expuestos á dar un es-

tallido.» Hacía ella esfuerzos por sostener plática tan soporífera y desagradable. Otra proposición de Maxi: «Mira una cosa: si yo no estuviera casado contigo, me consagraría por entero á la vida religiosa. No sabes tú cómo me seduce, cómo me llama... Abstraerse, renunciar á todo, anular por completo la vida exterior y vivir sólo para adentro... este es el único bien positivo; lo demás es darle vueltas á una noria, de la cual no sale nunca una gota de agua.»

Fortunata decía á todo que sí, y aparentando ocuparse de aquello, pensaba en lo suyo, meciéndose en la dulce obscuridad y la tibia atmósfera de la sala. Por los balcones entraba muy debilitada la luz de los faroles de la calle. Dicha luz reproducía en el techo de la habitación el foco de los candelabros, con las sombras de su armadura, y esta imagen fantástica, temblando sobre la superficie blanca del cielo raso, atraía las miradas de la triste joven, que estaba tendida en una butaca con la cabeza echada hacia atrás. Maxi volvió á machacar: «Si no fuera por ti, no se me importaría nada morirme. Es más, la idea de la muerte es grata á mi alma. La muerte es la esperanza de realizar en otra parte lo que aquí no ha sido más que una tentativa. Si nos aseguraran que no nos moriríamos nunca, pronto se convertiría uno en bestia, ¿no te parece á tí?»

—¿Pues qué duda tiene?—respondía la otra

maquinalmente, dejando á su idea revolotear por el techo.

—Yo pienso mucho en esto, y me entregaría desde luego á la vida interior, si no fuera porque está uno atado á un carro de afectos, del cual hay que tirar.

—¡Ay, Dios mío, la que me espera mañana!— pensó la esposa. Era probado: siempre que su marido estaba por las noches muy dado á la somnolencia espiritual, al día siguiente le entraba la desconfianza furibunda y la manía de que todos se conjuraban contra él.

Poco después de esto, dijo Maxi que se quería acostar. Fortunata encendió luz, y él fué hacia la alcoba, arrastrando los pies como un viejo. Mientras su mujer le desnudaba, el pobre chico la sorprendió con estas palabras, que á ella le parecieron infernal inspiración de un cerebro dado á los demonios: «Veremos si esta noche sueño lo mismo que soñé anoche. ¿No te lo he contado? Verás. Pues soñé que estaba yo en el laboratorio, y que me entretenía en distribuir bromuro potásico en papeletas de un gramo... á ojo. Estaba afligido, y me acordaba de ti. Puse lo menos cien papeletas, y después sentí en mí una sed muy rara, sed espiritual que no se aplaca en fuentes de agua. Me fui hacia el frasco del clorhidrato de morfina y me lo bebí todo. Caí al suelo, y en aquel sopor... tú vete haciendo cargo... en aquel sopor se me apareció un ángel

y me dijo, dice: «José, no tengas celos, que si tu mujer está en cinta, es por obra del *Pensamiento puro...*» ¿Ves qué disparates? Es que ayer tarde trinqué la Biblia y leí el pasaje aquel de...»

Maxi se estiró en la cama, y cerrando los ojos cayó al instante en profundo sueño, cual si se hubiera bebido todo el láudano de la farmacia.

II

Fortunata no se acostó en la cama, porque hacía mucho calor. Echóse medio vestida en el sofá, y á la madrugada, después de haber dormido algunos ratos, sintió que su marido estaba despierto. Oíale dar suspiros y gruñir como una persona sofocada por la cólera. Sintióle palpar en la mesa de noche buscando la caja de cerillas. Ésta se cayó al suelo, y en el suelo vió Fortunata la claridad lívida que los fósforos despiden en la obscuridad. La mano de Maxi descendió buscando la caja, y al fin pudo apoderarse de ella. Fortunata vió subir el azulado resplandor como difusa humareda. Este fenómeno desapareció con el restallido del fósforo y la instantánea presencia de la luz alumbrando la estancia. Los ojos del joven se esparcieron ansiosos por-ella, y viendo á su mujer acostada, dijo: «¡Ah!... estás ahí... ¡qué bien haces el papell!»

Para evitar cuestiones tan á deshora, la esposa

fingió que dormía. Pero entreabriendo los ojos le vió encender la vela. Púsose Maxi la ropa necesaria para no levantarse desnudo, y se bajó de la cama cautelosamente. Cogiendo la vela, salió al pasillo. Fortunata le sintió reconociendo el cerrojo de la puerta, registrando el cuarto en que ella tenía su ropa, y después el comedor y la cocina. Tantas veces había hecho Maxi aquello mismo, que su mujer se había acostumbrado á tal extravagancia. Era que le acometía la pícara idea de que alguien entraba ó quería entrar en la casa con intenciones de robarle su honor.

Cuando Maxi volvió á la alcoba, ya principiaba á apuntar el día. «Si no te cojo hoy, te cojo mañana—rezongaba.—No hay nada; pero yo sentí pasos, yo sentí cuchicheos; tú saliste de aquí... Has vuelto á entrar, y estás ahí haciéndote la dormida para engañarme... Déjate estar... Yo estoy con mucho ojo, y aunque parezca que no veo nada, lo veo todo... A buena parte vienes... Que andaba un hombre por los pasillos, no tiene duda. No vale el jurarme que no había nadie. Pues qué, ¿no tengo yo oídos?... ¿Estoy yo tonto?»

Decía esto sentado al borde del lecho, la vela en la mano, mirando á su mujer, que continuaba fingiéndose dormida, con la esperanza de que se aplacara. Pero esto no era fácil, y una vez desatada la insana manía, ya había jaqueca para un rato. Acabando de vestirse, empezó á

dar trancos por la habitación, manoteando y hablando solo.

«No, no, no... Si creen que me la dan, se equivocan. Lo más horrible es que mi tía es encubridora... Pues qué, ¿entraría nadie en la casa si ella no lo consintiera? Y Papitos también es encubridora. Buenas propinas se calzará. Pero ya te arreglaré yo, *celestina* menuda. Que no me vengan con tonterías. Ayer noté yo bien marcadas en el felpudo de la entrada las suelas de unas botas de persona fina. Dicen que el aguador... ¡Qué aguador ni qué niño muerto!... Y anteayer había en esta misma alcoba la impresión, sí, la impresión de una persona que aquí estuvo. No lo puedo explicar; era como huellas dejadas en el aire, como un olor, como el molde de un cuerpo en el ambiente. No me equivoco; aquí entró alguien. Lucido, lucido papel estoy haciendo. ¡Dios mío! ¿De qué le vale á uno el poner su honor por encima de todas las cosas? Viene un cualquiera y lo pisotea, y lo llena de inmundicia. Y no le basta á uno vigilar, vigilar, vigilar. Yo no duermo nada, y sin embargo... Pero es preciso vigilar más todavía y no perder de vista ni un momento á mi mujer, á mi tía, á Papitos... Esta condenada Papitos es la que abre la puerta, y yo la voy á reventar.»

Fortunata creyó al fin que convenia hacer que despertaba. Lo particular era que en aquellas crisis el desventurado joven no pasaba de las

extravagancias del lenguaje á las violencias de obra; todo era quejas acerbísimas, afán angustioso por su honor y amenazas de que iba á hacer y acontecer.

—¿Qué disparates estás hablando ahí?—le dijo su mujer.—¿Por qué no te acuestas? Ya que tú no duermas, déjame dormir á mí.

—¿Te parece que después de lo que has hecho se puede dormir? ¡Qué conciencias, válgame Dios, qué conciencias éstas!... Tú lo negarás ahora... ¿Quién andaba por los pasillos? Claro, el gato. El pobre minino paga todas las culpas. Y tú, ¿á qué saliste? A jugar con el gato, ¿verdad? Justo. ¡Y eso me lo he de tragar yo! Lo que me anonada es que mi tía consienta esto, mi tía que me quiere tanto. Tú, ya sé que no me quieres; ¡pero mi tía!... Vamos que... Pues esa víbora de Papitos, con su cara de mona... ¡Qué humanidad, Dios mío! El hombre honrado no tiene defensa contra tanto enemigo; la traición le rodea; la deslealtad le acecha. Aquellos en quienes más confía le venden. Donde menos lo piensa, en el seno de la familia, saltá un Judas. En la tierra no hay ni puede haber honor. En el cielo únicamente, porque Dios es el único que no nos engaña, el único que no se pone careta de amor para darnos la puñalada.

Fortunata se vistió á toda prisa. Sabía por experiencia que mientras más se le contradecía era peor. Un rato estuvo sentada en el sofá,

oyéndole disparatar y aguardando á que avanzara un poco la mañana para avisar á doña Lupe. Antes de ir á lavarse, pasó por la alcoba de su tía, que ya se estaba vistiendo, y le dijo: «Hoy está atroz... ¡pobrecito!... Á ver si usted le puede calmar.»

«Voy, voy allá... Veo que sin mí no os podéis gobernar. Si yo faltara... no quiero pensarlo. Mira, pon en planta á Papitos y que encienda lumbre... Le haremos chocolate en seguida, porque la debilidad es lo que le pone así, y hay que meterle lastre en aquel pobre cuerpo. Toma las llaves, saca de aquel chocolate que nos dió Ballester, *chocolate con hierro dializado*... ¡Qué chico, vaya por dónde le da!... Salgo al momento.»

Cuando su tía entró con el chocolate, Maxi seguía tan disparado como antes. «Lo que yo extraño, tía, lo que yo no puedo explicarme—dijo clavando en ella sus ojos que relampagueaban—es que usted consienta esto y lo encubra y me quiera matar, porque, sépalo usted: para mí el honor es primero que la vida.»

—Hijo de mi alma—le contestó doña Lupe poniendo el chocolate sobre la mesa,—después hablaremos de eso... Yo te explicaré lo que hay y te convencerás de que todo es una figuración tuya. Toma primero el chocolate, que estás muy débil...

El joven se dejó caer en el sofá, inclinándose

hacia la mesa próxima en que el desayuno estaba, y tomando un bizcocho lo mojó en el líquido espeso. Antes de probarlo se le fué la lengua otra vez acerca de lo mismo, si bien en tono más tranquilo. «No sé cómo me va usted á convencer, cuando yo tengo oídos, yo tengo ojos, y ante la evidencia no valen...»

Hizo un gesto de repugnancia y horror al probar el bizcocho mojado.

—Tía... ¡Fortunata!... ¿Qué es esto? ¿qué me dan?... Este chocolate tiene arsénico.

—¡Hijo, por María Santísima!— exclamó doña Lupe consternada, á punto que entraba su sobrina.

—¿Pero ustedes creen que á mí se me puede ocultar el gusto del arsénico?...—dijo enteramente descompuesto, los ojos extraviados.—Y no son tontas; ponen poca dosis... un centígramo, para irme matando lentamente... Y apuesto á que ha sido Ballester el que les ha dado el ácido arsenioso... porque también él está contra mí... ¿Qué infierno es éste, Dios mío?...

—Vamos, esto no se puede sufrir. ¡Decir que le hemos envenenado el chocolate!...

—¡Gusto á arsénico... clavado... pero tan clavado!...

Levantóse en actitud de desesperación y volvió á la inquietud delirante de sus paseos...

—Tendré que dejarme morir de hambre... Es horrible... Mi casa llena de enemigos. Las per-

sonas que más me querían antes, ahora desean mi muerte.

—¡Conque arsénico!...—dijo Fortunata tomándolo á broma, con esperanza de obtener así mejor efecto.—Para que veas que eres un simple y un majadero, voy á tomarme yo el chocolate.

Y en el acto empezó á tomarlo. Su marido la miraba atónito.

—A ver si espichamos de una vez... Él podrá tener veneno, pero bien rico está... ¿Te convenes ahora?... Me tomaría otra jícara. No creas, me vendría bien que esto matara, porque así me iba pronto de este mundo, que maldita la gracia que tiene con las jaquecas que me das y lo mucho que nos haces sufrir.

Doña Lupe, en tanto, trajo la cocinilla económica para hacer en presencia de Maxi otro chocolate. Aun así, fué preciso sostener una lucha penosa para que se decidiera á probarlo, pues insistía en que también aquél tenía gusto á arsénico... «Aunque no tanto, convengo en que no es tanto.» Después, tomando tonos de transacción, les dijo: «Yo creo que todo ello es cosa de Papitos... porque ustedes no saben lo mala que es y la inquina que me tiene.»

—Vamos, que es para pegarte—le contestó doña Lupe.—¡Tomarla así con la pobre Papitos!... Mira, cuando te den manías, échame á mí toda la culpa. Yo sé desenvolverme y probar

mi inocencia. Y ahora, ¿por qué no os vais los dos á dar un paseito por el Retiro? Hasta las nueve no hace calor; la mañana está deliciosa.

Fortunata apoyó esta proposición; pero él no tenía ganas de salir. Continuaba en el sofá, apoyado el codo en la mesilla y la cabeza en la mano, mirando al suelo como si quisiera contar los juncos de la esterita que había junto al sofá. Las dos mujeres se miraban, comunicándose con los ojos malas impresiones.

—Eso—murmuró él de una manera torva y recelosa.—Quieren echarme á la calle para...

—Pero alma de Dios, si va ella contigo...

—¿Y adónde me quiere llevar? Sabe Dios... Alguna trampa que me quieren armar. Si sólo fuera para asesinarme, pase; ¡pero si es para atentar al sagrado de mi honor!...

—Todo sea por Dios.

—¿No sabe usted, tía, que hace tres meses...? La *Correspondencia* lo trajo... Una mujer llevó á su marido al Retiro, y cuando iban por un paseo solitario salió el cómplice... sí, el cómplice, que estaba escondido tras unas matas, y entre ella y aquel tuno cogieron al pobre marido, le ataron de pies y manos y le arrojaron al estanque...

—¡Jesús, qué barbaridad! ¿De dónde has sacado esos desatinos?

—La *Correspondencia* no ha traído tal cosa—dijo Fortunata.

—Vamos, lo habrás soñado tú.

—Yo no lo he soñado—gritó él levantándose con golpe de resorte.—Es verdad; lo he leído en la *Correspondencia*... y... ¡También me llaman embustero! Yo no digo más que la verdad. Las embusteras son ustedes... ustedes, con esas conciencias cargadas de crímenes...

Doña Lupe cruzaba las manos y miraba al cielo, invocando la justicia divina. Fortunata expresaba un gran abatimiento, cual si su paciencia tocase ya al punto en que agotarse debía.

—Mira—dijo la viuda,—vete á la botica, ponte á trabajar, y con la distracción se te despejará la cabeza.

Sabía por experiencia la señora de Jáuregui que en los ataques fuertes de su sobrino Balles-ter era la única persona que le hacía entrar en razón, desplegando ante él, ya la burla descarada, ya la autoridad seca y hasta cruel. Las personas de la familia, á quienes él quería, eran las más ineptas para dominarle, pues contra ellas iba la descarga de su recelo furibundo. «Bueno, bajaré—dijo Maxi tomando su sombrero.—Tengo que ajustarle las cuentas al señor de Balles-ter. De mi no se ríe más... Y en último caso, que me lo diga cara á cara. ¿A que no se atreve? Es un cobarde y un traidor, que vendiendo amistad, hiere por la espalda.

Tía y esposa no le dijeron nada, y fueron tras él. Cogiendo de la percha del recibimiento la

caña que usaba, salió dando un fuerte portazo. Bajó rápidamente y estuvo hablando un rato con la portera. Desde el balcón le vieron las dos señoras salir á la calle, pasar á la acera de enfrente, mirar hacia la casa... Ocultáronse ellas entonces, y asomándose con cautela por entre los hierros viéronle seguir, gesticulando y haciendo molinete con el bastón. A cada instante se paraba y volvía hacia atrás. Daba unos cuantos pasos, y otra vez por la calle arriba. En una de estas vueltas salió Ballester á la puerta de la botica, y le llamó con gesto imperativo: «Aquí pronto... ¡Me gusta!... Venga usted aquí.»

En actitud semejante á la de un perro que ante el palo de su amo agacha las orejas y arrastra el rabo por el suelo, entró Rubín en la botica diciendo á su regente: «Buenos días, amigo Ballester. No le había visto. Iba á tomar un poco el aire. Y usted, ¿qué tal?»

III

—Yo, bueno... ¿Conque á tomar el aire?...—contestó Segismundo con cara de muy mal genio.—El aire que me va usted á tomar ahora es ponerle las etiquetas á estos frascos de jarabes... Y cuidado con equivocarse. Las etiquetas rojas son las del *jarabe de corteza de naranja amarga con yoduro potásico*; las verdes, el mismo, con

hierro dializado. Como usted me trueque las pa-peletas, le trituro.

Poníase á trabajar, y, cosa por demás extraña, á pesar del desorden de su cabeza, no cometiía una sola equivocación, ni aun cuando le dieron seis clases más de jarabes con sus correspondientes letreros de diferentes colores. Ballester, que ya tenía noticia, por una esquelita de doña Lupe, del rudo acceso de aquella mañana, le vigilaba disimuladamente, mirándole por el rabillo del ojo; pero en una de las vueltas que dió al laboratorio, Maxi dejó bruscamente el trabajo y se fué á la calle sin sombrero. Al volver á la tienda y notar la ausencia del joven, el regente se quedó muy tranquilo y no dijo más que: «Ya voló... bueno va.» Tomaba con calma las extravagancias de su colega, y su deseo era que una de aquellas escapatorias fuera la del humo. «Pero no tendré yo esa suerte—decía,—y ya me le volverán á traer para que le amanse.»

Maxi subió á su casa. Al abrirle la puerta no se admiró Fortunata de lo descompuesto que venía, porque ya no eran nuevas aquellas inesperadas apariciones. «Supongo—dijo él con trémulo labio—que no me lo negarás ahora... Puede que mi tía lo niegue... ¡es tan hipócrita!... Pero tú, no; tú eres mala y sincera. Cuando das el golpe mortal lo dices, ¿verdad? Y ahora, ante los hechos palpables, evidentes, ¿qué tenéis que decir?»

—¡Otra vez!... Pero hijo...—chilló doña Lupe saliendo al recibimiento.

—Usted, tía, se empeñará en negarlo ahora... pero ésta no lo niega. Cierto que no le cogere, porque habrá saltado por el balcón; pero no me negarán que entró... Le he visto yo, le he visto pasar por delante de la botica... En la escalera ha dejado su huella, su rastro, rastro y huella, señores, que no se pueden confundir con nada... pero con nada.

—¡Pues estamos divertidas!—dijo doña Lupe á Fortunata, que daba suspiros mirando á su marido con lástima intensísima.

—La que me las va á pagar todas juntas es esa indecente de Papitos—gritó él dando algunos pasos hacia la cocina.

—¡Papitos! Está en la compra. ¡Pobre chica!... Ea, ya estamos hartas. Á ver si nos dejas en paz. Le encargaremos á Ballester que te amarre... Niño, niño, se acabaron las tonterías.

Diciendo esto le cogía por un brazo y le sacudía con ira materna y correccional. «Mira que no te podemos sufrir... Lo que tú tienes es mucho mimo.»

El desgraciado joven se dejó caer en un banco que en el recibimiento había, el cual semejava banco de iglesia, y allí se transformó la máscara insana de su rostro, pasando de la furia á la consternación. «Garanticeme usted... pues... que

mi honor está... lo que llaman intacto... y yo me tranquilizaré.»

—¡Tu honor! ¿Pero quién diablos se ha metido con él? Si todo es humo, humo que hay dentro de esa cabeza.

—¡Humo!... ¡ahl!...

—Sí, todo humo—dijo Fortunata, poniéndole cariñosamente la mano en el hombro.—No pienses y no temerás nada. Es la imaginación, nada más que la imaginación... La loca de la casa, como decía tu hermano Nicolás.

—¿Sabes lo que vamos á hacer?—indicó doña Lupe algún tiempo después, aprovechando la relativa calma que en su sobrino se notaba.—Pues vamos á darle de almorzar.

Su mujer le agarró por un brazo para llevarle á la mesa, y él no hizo ninguna resistencia. Temían una y otra que no quisiese tomar nada, fundándose en que la comida estaba envenenada; pero con gran sorpresa de ambas, Maxi no manifestó recelo alguno sobre este particular. Tenía poco apetito, y para que pasara algo, las dos hubieron de hacer á competencia considerable gasto de palabras tiernas. Tan cariñosas se mostraron, que Maxi comió más que otros días, sin hacer observación alguna ni quejarse de lo mal condimentado que estaba todo. Hiciéronle café, y esto fué lo único que tomó con gana. De sobremesa trató doña Lupe de alegrarle los espíritus, charlando de cosas enteramente contra-

rias á aquella monserga del honor; mas él daba á conocer con suspiros profundos que la tormenta de su alma no estaba del todo extinguida. Pero la fuerza del ataque había pasado, y pronto vendría la completa serenidad. Al despedirse para volver á la botica, llevó á su mujer aparte y le dijo: «Prométeme no salir esta tarde... Prométeme no salir nunca sino conmigo.»

—¡Salir yo! ¡Qué disparates se te ocurren! No pienso en tal cosa—replicó ella sonriendo.— Aquí me estaré esperándote. A la noche iremos á casa de doña Casta, ¿quieres? Ó á paseo.

Mientras esto decía, doña Lupe, acechándola desde un rincón del pasillo, fijaba en ella una mirada astuta.

Aquella tarde estuvo Maxi en la botica bastante más calmado. En un rato que tuvo libre, se fué al rincón del laboratorio en que guardaba sus libros y cogió uno, disponiéndose á sumergirse en la lectura. Pero Ballester tomó una vara; se fué derecho á él, y arrebatándole el libro le amenazó con castigarle. «Ea, dejémonos de sabidurías, que eso es lo que nos trastorna. ¿A ver qué es esto?... ¡Hombre, qué bonito! *Errores de la teogonía egipcia y persa...* Esto reza el epigrafe del capítulo... Pero criatura, ¡que siempre ha de estar usted metiéndose en lo que no le importa! ¿Qué le va á usted ni qué le viene con que aquellos bárbaros, que ya se murieron hace miles de años, adoraran muchos dioses?...

Es gana de meterse en vidas ajenas. ¡Que tenían los dioses por gruesas! Bueno, ¿y qué? ¿Acaso los tiene usted que mantener? Lo que yo digo: es gana de entrometerse. No puedo ver tanta tontería (exaltándose más á cada frase y llegando hasta la cólera); no puedo ver que un cristiano se queme las cejas por averiguar cosas de las cuales ha de sacar lo que el negro del sermón... Que le escondo los libros, que se los quemó... Voy al momento.»

Esto último se lo decía á un parroquiano que mostraba una receta.

—A ver, marmolillo (por Maxi), menéese usted. Alcánceme el alcanfor, el nitro dulce, el polvo de regaliz...

Confeccionada la medicina en un dos por tres, volvió Ballester á coger la vara, y continuó la filípica de este modo:

—Lo mismo que la tontería en que ahora ha dado... que le van á quitar su honor, que entran hombres en la casa... que por todas partes se le tienden asechanzas á su honor... ¡Qué melodramáticos estamos y qué simples *semos!* Parece mentira que tales absurdos se le ocurran á quien está casado con una mujer que es *la casta Susana*, si, señor, me ratifico, *la casta Susana*, mujer que antes se dejaría descuartizar que mirarle á la cara á un hombre. ¿Y si lo sabe usted, para qué arma esas tragedias? ¡Ah!, si yo tuviera una hembra así, tan hermosa, tan virtuosa; si yo tu-

viera á mi lado una virgen como esa, la adoraría de rodillas y primero me apaleaban que darle un disgusto. ¡Su honor! Si tiene usted más honor que... vamos no sé con qué compararlo. Tiene usted un honor más limpio que el sol... ¿qué digo sol, si el sol tiene manchas? Más limpio que la limpieza. Y todavía se queja... Nada, yo le voy á curar á usted con esta vara. En cuanto hable del honor, ¡zás!... No hay otra manera. Lo que yo digo: esas cosas las hace usted por lo muy mimadito que está. Tía que le cuida, mujer guapa que le mimaba también y que se mira en las niñas de sus ojos... Como que es la verdad... Carambita, pues si yo tuviera una mujer así...

Al llegar á esta parte de la reprimenda que Segismundo le espetaba más serio que un ladrillo, Rubín se había tranquilizado tanto, que casi estaba dispuesto á oírle con benevolencia y hasta con jovialidad. Y concluyó por sonreír, y al cabo de un gran rato le dijo:

— Amigo Ballester, le convidó á usted á Variedades esta noche. ¿Quiere?

— ¿Pues no he de querer? Bueno va. Pedradas de esas vengan todos los días, ilustre amigo mío. Iremos... en el bien entendido de que venga Padilla esta noche á quedarse de guardia. Vamos ahora, mi queridísimo colega, á hacer estas piladoras de *protoyoduro de mercurio*. Prepare usted el regaliz y el mucílago de goma arábiga. Re-

ceta de cuidado. Mucho ojo... Le digo á usted que no hay ciencia más sublime que la Farmacia. ¡Cuánto más bonita que averiguar si hubo ó no tantas ó cuantas docenas de dioses! Vamos allá; mucho cuidado con este precioso mercurial. Aviado estará el enfermo para quien sea. No, no le arriendo la ganancia. Pero á fe que se habrá divertido bastante en este mundo con las mozas guapas, y si buenos azotes le cuesta ahora, buenas insulas se habrá calzado. ¡Eh!... cuidado con las dosis. No sea usted tan vivo de genio. Mire que va á jorobar al paciente, y la saliva que eche va á llegar hasta aquí... ¡Qué hermosa es la Farmacia! Para mí hay dos artes: la Farmacia y la Música. Ambas curan á la humanidad. La Música es la Farmacia del alma, y la... viceversa, ya usted me entiende. Nosotros, ¿qué somos si no los compositores del cuerpo? Usted es un Rossini, por ejemplo, yo un Beethoven. En uno y otro arte todo es combinar, combinar. Llámense notas allá; aquí las llamamos drogas, sustancias; allá sonatas, oratorios y cuartetos... aquí vomitivos, diuréticos, tónicos, etc... El *quid* está en saber herir con la composición la parte sensible... ¿Qué le parecen á usted estas teorías?... Cuando desafinamos, el enfermo se muere.

A poco llegó el practicante que sólo hacía servicio en la botica por las noches, y llevándole aparte, le dijo Segismundo: «Amigo Padilla,